

¡Pues sí que puede ser...!

Aurelio Horta

Estrategias para un juego, aún

TEOR/ética (400 norte del quiosco Parque Morazán).
De lunes a viernes, de 9 a. m. a 6 p. m. Jornada continua. Sábados, de 10 a. m. a 4 p. m.

Detrás del mismo proceso instigador del artista, y de su desarraigo hacia las formas convencionales de representación del arte, el rol del curador es cada vez más decisivo. La investigación urge de amplios márgenes de relación intertextual, si bien centrada en una supervivencia del contenido sensible del arte, conciente de que más allá, un proceso de estetización gana la producción, las comunicaciones tele-sentidos de la cotidianidad, y la misma política.

El juego ya no tiene un público exclusivo, ha cambiado de faz, es la regla de todas las otras reglas. Lo anterior prueba el afecto de esta señal que Tamara Díaz construye en sus juegos estratégicos. Sus jugadores han puestos las marcas, y nosotros aunque no lo crea o lo simule, jugamos.

(En el parque)

Adrián Arguedas lo inicia con esa impecable ironía de un pincel que sabe torcer el espacio de sus texturas y formas, para hacerlas cómplices de un escenario siniestro. Es una colección de bailarinas y soldaditos ingenuos, caballos y parejas de novios que justifican una inestable moralidad, culminante en una pulcra escena cuya semblanza de mariposas acaso hélices de aviones, nos cruzan los pies con las engañosas tortugas de Omar Revillas.

La imaginación que señorea el juego parece haber cedido campo a las contradicciones de la cultura, esas que golpean el mercado con la tecnología, o los modos y costumbres con las ideologías y la política. En eso coinciden Mimiau Hsu con “Silla roja”, Alfaro Alonso con “Rumbo a la tierra prometida”, Mónica Morales, y Nadia Mendoza, esta última, a partir de un contraste entre la consagración del texto político, y el uso de este como objeto standard, aristas de consensos encontrados en el Globo relativo de las luchas por los derechos y los pluralismos, matizados ingeniosamente por dos canciones infantiles cubano/costarricense.

(La trampa)

Así queda claro en ese fragmento del sublime infantilismo donde el vídeo de José Alberto Arce hace recorrer una importante arteria económica de la Capital, a un jugueteón e intrépido “Superman”, embajador del simulacro sin reparo de escala; ¿a qué habrá venido? En frente, Alejandro Villalobos “Tarzán”, arremete con lastimadura esa falta de inocencia, preámbulo del profundo conocimiento, y causa mayor de la triste cosificación de lo humano. El “Patito Feo (de verdad, hierático y feo)” de Alejandro Ramírez nos reseña una nostalgia que también Oscar Ruiz Schmidt nos presenta con sus malditas reminiscencias en la portada de revista, y el “Pastel 2004”, que por cierto ni tocarlo porque este también tiene su trampa.

(El carrusel)

La perdurabilidad del amor hace del juego una constante, del amor fértil o infértil, pero insidioso y monumental en sus transformaciones mentales, utópico, perverso y manierista como lo objetivizan las ratoneras de Priscilla Monge, el “I love you” de Habacuc (Guillermo Vargas), y el tríptico de Lucía Madriz, porque finalmente es cierto que hay guerras, negocios, tecnologías y políticas que totalizan lo in-divisible, la primacía de los sentimientos del hombre; allí inscritos en los indefensos cuerpos que Roberto Rodríguez en “Amores que marcan” memoriza como si todos los juegos no fueran siempre un carrusel, donde te ves de espalda y de frente, donde por momentos no ves, y sin embargo te ríes, donde a veces no hay amor, pero falsamente el aparente entusiasmo te marca.